



AQUELLO QUE COMPARTIMOS

Julia Notario

AQUELLO QUE COMPARTIMOS

Julia Notario

Dicen que los hijos heredan de los abuelos, de los padres sus defectos y virtudes condenados por esa carga genética de tres letras llamada ADN, un curioso lazo, retorcido y complejo que determina el grado de familiaridad en tantos por ciento. Mi nariz es un ochenta por ciento igual que la de mi padre, y los pies un noventa y siete igual que los de mi madre, con la gran diferencia de que ella nunca se pondría mis modernos zapatos ni yo los clásicos suyos. Tengo el mismo lunar sobre el labio de mi bisabuelo paterno y el pelo rizado y rebelde de esa abuela que según reflejan las fotos color sepia, se empeñaba en domar con un peinado de la época que no se lo ponía nada fácil.

Somos eso, un suma y sigue de extrañas combinaciones, de familias que se juntan y se mezclan, arrastramos rasgos, caracteres y manías, hasta el tono de voz, la manera de reír, la forma de andar, el dedo gordo de forma peculiar, la estructura ósea, la altura, el color de los ojos. Es una manera de perpetuarnos, de seguir vivos, de dejar algo nuestro al marchar, una huella de nuestro paso. Así, alguien en un futuro, hará que los rasgos congelados de las fotografías, cobren vida de nuevo, y repetirán nuestro nombre, la gracia o desgracia de la carga que dejamos.

Ese lazo indisoluble que nos ata y contra el que no existe escapatoria, nos hace formar parte de un conjunto con nombre y apellidos, cargado de sentimientos de todo tipo, fisionomía de madre ,padre ,hijos ,hermanos, abuelos, primos, tíos... Como aquella baraja de cartas que tanto me gustaba cuando era pequeña y que guardo como un tesoro, la de la familia de distintas razas, esquimal, china, india, negra y blanca, como la mía, que nos hacía juntar a todos los de un mismo núcleo para ganar la partida, en escala, del más

más grande al más pequeño, de las solemnes canas del abuelo a la expresión traviesa de los nietos, del frío iglú o la pagoda, a la tienda de piel de bisonte americano. Resultaba un juego divertido, por el que aprendíamos que ese patrón era igual en todas partes, independientemente de dónde nacieses o del color de la piel.

Cuando cumplí los treinta y nueve decidí que no existía el príncipe azul, que Disney me había mentado, al menos yo no había encontrado al mío, o él no me había encontrado a mí. Conocí valientes y villanos, engreídos y farsantes, timoratos y atrevidos, tímidos y galanes, amigos, amantes y enemigos, pero ninguno mereció que lanzase mi trenza desde la torre, que el baile durase más allá de las doce o que los besos fueran de amor verdadero. Y en este periodo que te sitúa en un límite extraño, en un territorio que no tiene nombre- aunque algunos se empeñaran en llamarle madurez- entré en un bucle de triste desengaño. Si lo analizaba, de nada me podía quejar, la vida me había ido bien, profesionalmente estaba cómodamente situada, y afectivamente tenía el calor de un entorno en el no me faltaba cariño, que desterraba de mi vocabulario la palabra soledad. No, nunca me sentí sola, e incluso llegué a agradecer relaciones esporádicas y faltas de compromiso, sin justificaciones, ni arriesgados equilibrios. Pero una especie de nostalgia me invadía, un hueco en mi caja de sentimientos, un extraño escalofrío cada vez que veía un pequeño correr hacia los brazos de su madre con besos mojados de mocos y pucheros o adornados con una sonrisa desdentada. Casi podía sentir ese arrullo cálido, un amor infinito y protector del que yo no quería prescindir. Sabía la definición exacta y esta me revelaba la rebelión de mi instinto maternal, que gritaba por hacerse notar.

Harta de escuchar a todos hablar de fechas de caducidad, de arroces pasados, de juventud marchita o aparatos reproductores fuera de servicio, decidí ir a buscarte, porque nada podía impedírmelo, porque mi decisión era firme. Sabía que podría darte ternura y cuidados, ayudarte a crecer, a pensar, a aprender paso a paso. Quería compartir contigo,

aún sin saber tu nombre, mis días y también las noches, las tardes de otoño y los mares de verano, los viajes, los libros, los dibujos en la arena, las tartas de cumpleaños y los parques de atracciones, carcajadas y llantos, el cariño de los míos.

Y luché por tenerte, sola y audaz, pese a que nada fue fácil. Viví días de incertidumbre y desánimo que me hicieron pensar en tirar la toalla, cuestionarme egoístamente, hasta qué punto sería capaz, si merecía la pena embarcarme en un empeño que suponía sacrificios y dudas. Y todas las fuerzas con las que empecé esta cruzada se desinflaban a días, me llenaban de esperanza con cada avance, con cada buena noticia o me tiraban por tierra con cada tropiezo, obligándome a levantar, cada vez más herida. Física y psicológicamente ese deseo supuso mucho más de lo que había pensado en un principio. Pero no me rendí.

Llegaste al fin, y todo esfuerzo se vio recompensado. Cuando vi tu mirada buscando ternura, cuando sentí tus pequeños dedos apretando los míos, tu diminuta cabeza apoyada en mi pecho, esa necesidad de amparo. Buscabas a tu madre y yo había encontrado a mi hija, ambas lo supimos, y no hubo sentir más sincero, ni lágrimas más agradecidas, las tuyas y las mías.

Cuando te miro sé que no tendrás mi nariz, ni los pies de mi madre, ni el pelo rebelde de aquella lejana antepasada, ni el color de los ojos claros de los de nuestro apellido. Porque tu piel es distinta, y tu pelo oscuro y liso, porque serás pequeña y delgada como los de tu raza, porque tus ojos rasgados aun cuando no sonrías, me hablan de tierras lejanas, de culturas milenarias, de esa tierra exótica que dejamos atrás, que sobrevolamos cuando te llevé conmigo rumbo a nuestra nueva vida, cuando esta aventura comenzó para ambas.

Y hoy peino tus coletas, te cuelgo la mochila, recitamos juntas el poema que aprendimos y te recuerdo que debes comer el bocadillo, que te espero en casa cuando regreses del colegio para hacer los deberes. Te digo adiós con entusiasmo exagerado cuando pegas tu carita al cristal del autobús, en ese último intento de saludo. Y respiro fuerte porque mi pecho ya no tiene un hueco, ni siento escalofríos, porque estoy llena de amor por ti, pequeña.

Luego buscaré esas cartas que aún guardo y crearemos un nuevo juego mucho más divertido, en el que la niña china se va a vivir con la madre europea y juntas visitan a unos abuelos que las quieren mucho a ambas... será un nuevo modelo de familia, el nuestro, en el que no está el padre, ni el hermano, aunque quién sabe si con el tiempo... a lo mejor un día invitamos a cenar al padre indio, adoptamos una hermanita negra, o creamos combinaciones que dejen atrás los estereotipos de mi infancia.

Sé que contigo se quedarán mi capacidad de ternura, una manera de ver el mundo, las recetas de cocina, los libros, la música que más me gusta, las fotos de esa familia a la que curiosamente sin parecerte te pareces, y todos los momentos, los buenos y los malos. Algunas de mis virtudes y también de mis defectos o manías.

Y qué mejor herencia genética que esta, nuestro amor de madre e hija, la vida que juntas construimos, más allá de ese lazo fuerte y retorcido cargado de absurdos tantos por ciento, que llaman ADN.